



Pensando la contemporaneidad en clave spinoziana

Lautaro Ariel Garcia

UNLP

Introducción

En su *Fenomenología del fin* (2017), Franco Berardi plantea la ocurrencia, en nuestro presente histórico, de una mutación antropológica producto de la proliferación de dispositivos digitales en diversas áreas de actividad humana. Esta mutación afecta la facultad de la sensibilidad, aquella que según Berardi “permite al organismo procesar signos y estímulos que no pueden ser verbalizados o codificarse verbalmente” (2017:41). En este trabajo se entrecruza la denuncia berardiana de dicha mutación con elementos de la física y la antropología que Spinoza esboza en su *Ética* (2000).

La erosión de la sensibilidad

La sensibilidad ocupa para Berardi un rol primordial en la relación del individuo con el entorno. Es la facultad que permite “la interpretación de los signos que no pueden definirse con precisión en términos verbales” (2017:11) y que “hace posible encontrar nuevas vías que aún no existen o conexiones entre cosas que no poseen ninguna implicación lógica” (2017:11). Así, la sensibilidad “permite una proyección de lo real [creando] formas continuamente” (2017:45), a partir de la percepción de signos que, sin tener significado previo ni reglas preestablecidas para su conjunción, se conjugan en una producción de significado que Berardi caracteriza como “una vibración que es singular [...] y que puede proliferar y ser compartida [por] agente[s] de significado” (2017:27).

Esta actividad vibratoria puede describirse en términos del concepto de *concatenación*. Dice Berardi: “vemos la realidad como un rizoma infinito, es decir, como una concatenación abierta de conjunciones: y... y... y...” (2017:15). La concatenación, (i.e.: adición, suma de elementos), sirve para describir la forma general de organizar la elaboración cognitiva de la experiencia. Puede ser dos tipos: *conjuntiva* o *conectiva*.

La *conjunción* es una concatenación libre de elementos, que no implica diseño preexistente alguno. Es creativa, y como tal, irrepetible, pues “aparece en un punto único en la red espacio-tiempo” (2017:19). La elaboración de signos intencionales que no pueden ser verbalizados, campo de acción de la facultad de la sensibilidad, es netamente conjuntiva. La sensibilidad es ella misma “la creación de conjunciones guiada por los



sentidos y la habilidad para percibir el significado de las formas una vez que estas emergen del caos” (2017:20). El organismo se abre al entorno y *conjunta* diferentes percepciones elaborando significado a partir de las mismas; a la par que puede interactuar “con otras singularidades que entren en una sintonía [...] vibratoria con nuestras intenciones significativas” (2017:27). La concatenación conjuntiva no responde a una lógica dada de antemano, sino que persigue únicamente la “correspondencia estética, [la] concordancia y conformidad con las expectativas del organismo consciente, sensitivo y sensible” (2017:20). Si bien estas expectativas se forman en el seno de la cultura en que se halle el individuo, de antemano la realidad no posee un ordenamiento lógico al que haya que corresponder cuando concatenamos.

La *conjunción* se basa en la empatía, una capacidad que nos permite la “interpretación de los signos que proceden de un otro [...] la extrapolación de sus sentimientos [y] la habilidad para responder en consecuencia” (2017:25). La empatía genera la posibilidad de vibrar en sintonía con otros agentes de significado, conjuntando mensajes que, de antemano, no deben emitirse ni traducirse según un código para poder compartirse, sino que surgen mediante el proceso vibratorio antes caracterizado. De ahí que este tipo de concatenación, conjuntiva y empática, de lugar a significados previamente inexistentes y que solamente pudieron ser generados en el marco del evento, de la vibración singular en la que surgieron.

La *conexión*, por su parte es una unión de elementos regida de antemano por un código, una regla de emisión y de recepción. Si la conjunción requiere un criterio semántico de interpretación, la conexión requiere uno sintáctico: saber “reconocer una secuencia y ser capaz de llevar adelante una operación [...] prevista por la *sintaxis general*” (2017:30). Antes hablamos de la comprensión empática como modelo paradigmático del intercambio de mensajes en la esfera *conjuntiva*. A ella Berardi le opone, como base para la comprensión, el desarrollo del *lenguaje*, con el cual se instauraría un “proceso de mediación que [...] erosiona [a la empatía] gradualmente, transformando la comprensión en un acto de adaptación sintáctica puramente intelectual” (2017:24). Esto no quiere decir que Berardi propugne el abandono de las competencias lingüísticas: se trata de modelos explicativos de los tipos de concatenación. En definitiva, “el cuerpo y la mente no son reductibles [...] ni a la conjunción ni a la conexión. Siempre hay una sensibilidad conectiva en un cuerpo conjuntivo, así como existe una sensibilidad conjuntiva en un cuerpo [conectivo]” (2017:26). Pero de acuerdo a su diagnóstico, existe



un proceso de radical desbalance, de *sintactización* radical del mundo, cuyo comienzo habría tenido lugar en la modernidad; de la mano del racionalismo moderno y la instauración – paralela a la pretensión de formalizar totalmente al conocimiento humano– de la lógica conectiva como metodología. Este proceso de sintactización, siempre según Berardi, se habría agudizado gradualmente hasta llegar con la tecnología digital “a un punto decisivo [...] de creciente abstracción y a la cima en el aumento de la disociación entre empatía y comprensión” (2017:24).

Como ya se dijo, la sensibilidad nos permite la vinculación con los cuerpos que nos rodean y con los signos que emanan de ellos como parte de la *infoesfera*, “la esfera de los signos intencionales que rodean al organismo sensible” (2017:46). Entre el emisor/transmisor (la *emanación* tecnosemiótica) y el receptor (nuestra sensibilidad), se encuentra, como punto de contacto, la piel del organismo sensible, “interfaz [...] entre el yo consciente y la emisión infinita de signos” (2017:45). La piel y los órganos exteriores constituyen el primer estrato en que los signos intencionales se ordenan.

La mutación a la que refiere Berardi afecta principalmente a la sensibilidad como facultad que nos permite la interacción con el entorno y con los demás organismos conscientes. La mutación es un “desplazamiento del modelo cognitivo de concatenación *conjuntiva* hacia un modelo de concatenación *conectiva*” (2017:17), causado por la gradual divergencia entre los dos polos señalados más arriba: el *universo de los transmisores* y el de los *receptores*. “Desde la modernidad tardía [dice Berardi] el universo de transmisores ha ido experimentando una constante aceleración, mientras el universo de receptores trata desesperadamente de seguir su ritmo, acelerando y estandarizando su respuesta cognitiva” (2017:48). El desarrollo tecnológico/ digital genera una aceleración en la transmisión de signos que la sensibilidad no puede asimilar porque es incapaz de elaborar semejante cantidad de estímulos en tan poco tiempo, quedando sometida “a un estrés mutagénico [que] produce efectos patológicos” (2017:47-48), que reduce nuestra propia potencia o capacidad de actuar.

Por otro lado, y en la misma clave, “[e]l universo de receptores (seres humanos hechos de carne y de órganos frágiles y sensuales) no está formateado de acuerdo con los estándares de los transmisores digitales”; es decir, “el formato del transmisor no se corresponde con el del receptor” (2017:48). Esta es otra causa de la mutación: “la digitalización de los signos y [...] la creciente mediatización de las relaciones” (2017:30)



que demanda a los individuos la adaptación de su capacidad de comunicación al formato global de interacción, a la *sintaxis general*.

En resumen: 1) Frente a la aceleración de la infoesfera, la sensibilidad es sometida a estrés; sufre efectos patológicos y sistematiza respuestas automáticas, que permitan responder sin una mayor elaboración de los estímulos recibidos. 2) Frente a la creciente sistematización de las relaciones dada por un sistema de interacción conectiva, el organismo se adapta al intercambio de mensajes en función de un código ya predeterminado.

Así, a la aceleración se le suma la *sintactización*. No hace falta que los organismos vibren en *intonía* mediante relaciones de empatía, porque la comunicación pasa a depender de un código ya determinado que mediatiza todas las relaciones; así como de respuestas automatizadas que facilitan la emisión e interpretación. Nuestra sensibilidad conjuntiva, inútil en este marco de intercambio conectivo, *se desensibiliza*, es decir, se atrofia. Desensibilizados, podemos decir que gradualmente se acentúa una separación radical entre el *cuerpo* sensible conjuntivo y la *mente* lógica conectiva.

La inadecuación spinoziana

La percepción sensible nos da la pauta en el sistema spinoziano de la relación del individuo con el entorno. Será descripta, por las características de dicho sistema¹, desde una perspectiva doble, *física* y *epistémica*.

Respecto al proceso físico, según Spinoza “cuando una parte fluida del cuerpo humano es determinada por un cuerpo exterior a chocar frecuentemente con otra parte blanda, modifica el plano de ésta y le imprime ciertos como vestigios del cuerpo exterior que impulsa a aquella” (2000:92)². Estos vestigios son nuevas superficies que reflejarán de variadas maneras las *partes fluidas* del cuerpo humano. Cabe considerar, con Ramos-Alarcón (2020) al vestigio como doble, para explicar con coherencia la variada tipología de sensaciones que tienen los individuos: el primer vestigio sería “formado por el sentido externo del cuerpo humano que es afectado por el cuerpo externo, y [el segundo vestigio sería] formado en el cerebro” (2020:122). Veámoslo con un ejemplo: cierto cuerpo afecta

¹ Dos atributos, pensamiento y extensión (2000:39), correlativos el uno al otro (2000:81), que deben considerarse en su devenir causal hacia el interior de sí mismos (2000:44).

² “Los cuerpos cuyas partes chocan entre sí con grandes superficies [son] duros; [...] los que chocan con superficies pequeñas, blandos; y [...] aquellos cuyas partes se mueven unas entre otras, fluidos”. (2000:90).



la retina de mis ojos, y genera un vestigio que incide en el recorrido de las partes fluidas del cuerpo. Estas últimas, en su movimiento hasta el cerebro generarán allí un segundo vestigio idéntico a aquel formado en la retina.

El proceso epistémico por su parte es “la afirmación que realiza la mente humana de la afección corporal por el reflejo de las partes fluidas sobre el vestigio cerebral” (2020:125). La mente humana afirmará – formando imágenes – la afección que está sufriendo en el momento en que los fluidos inhiere en el cuerpo blando que es el cerebro. En esto consiste la percepción sensible: vestigios en el plano físico e imágenes en el pensamiento.

Aquella afirmación implica las determinaciones del cuerpo en que ese vestigio se encuentra plasmado (además de las del que produce el vestigio). Es decir, no *muestra* al cuerpo externo tal cual es. Si consideramos, con Spinoza, al conocimiento adecuado como aquel que explicita de manera completa la cadena de causas de determinado fenómeno, debemos decir que las imágenes son *inadecuadas*, es decir, incompletas, ya que *implican* aquellas determinaciones, pero no las *expresan*. Debido a nuestro desconocimiento de la totalidad de causas cuyo efecto final es la afirmación o imagen, esta se muestra como un efecto sin causa. La percepción sensible siempre nos ofrecerá imágenes inadecuadas, y caemos en error toda vez que pensamos que nos ofrece imágenes de las cosas tal como son en sí. Dicho error que puede corregirse, por cierto, si somos capaces de explicitar el proceso total que lleva a formar nuestras imaginaciones.

Por otro lado, continúa Spinoza, “si el cuerpo humano ha sido afectado una vez por dos o más cuerpos al mismo tiempo, cuando el alma imagine después alguno de ellos, recordará al instante también los otros” (2000:95). A través de este proceso podemos explicar al lenguaje como una asociación entre vestigios que corresponden, respectivamente, a imágenes visuales y sonidos. Spinoza ofrecerá el siguiente ejemplo: “un hombre romano pasa al instante del pensamiento de la voz *pomun* (manzana) al pensamiento de una fruta que no tiene semejanza alguna ni nada común con aquel sonido articulado [porque] oyó muchas veces la voz *pomun* mientras veía aquella fruta” (2000:96).

Ahora bien, dice Spinoza, cuando el número de imágenes asociadas va más allá de la capacidad de retención del cuerpo humano, el cuerpo confundirá todos los vestigios, y el alma asociará todas las correspondientes imágenes con un término abstracto. Esto es



lo que ocurre con los términos *trascendentales*, como *ser* y *cosa*; o con los términos *universales*, como los sustantivos comunes. Estos últimos son resultado de que el alma “solo imagina aquello en que todas [las diferentes imágenes de una clase de cosa] coinciden, en cuanto que el cuerpo es afectado por ellas, [y] eso común es aquello con que el cuerpo ha sido más afectado por cada cosa singular” (2000:107). Puede ser el caso, señala Spinoza, que los *universales* formados por diversos individuos coincidan en su denotación, pero señalen un *elemento común* diferente, según lo que haya afectado con mayor frecuencia al individuo en cuestión.

La adquisición y formación del lenguaje en cada individuo no está exenta, como queda claro por lo anterior, de la *historia de vestigios* que cada quien porte consigo. Esto se refleja también en la connotación de cada término. Cada individuo, en el proceso caracterizado anteriormente, no solo asociará sonidos con determinadas sensaciones, sino que también asociará esas sensaciones o imágenes con otras imágenes que se le despertarán en función de su historia particular de vestigios. Dice Spinoza: “un soldado, [...] al ver en la arena las huellas de un caballo, pasará al instante del pensamiento del caballo al del jinete, y de éste al de la guerra, etc.; un campesino, en cambio, del pensamiento del caballo pasará al del arado, al del campo, etc.” y finalmente “cada cual, según ha acostumbrado a unir y concatenar las imágenes de las cosas de tal o cual manera, pasará de un pensamiento a este o a aquel otro” (2000:96). Así como la percepción sensible, la adquisición y formación del lenguaje también está sujeta a las particularidades de cada individuo. De ahí su inadecuación: “el lenguaje sigue el orden de la imaginación o de los encuentros fortuitos del hombre, por lo que no son asociaciones por las esencias [es decir, según el orden del entendimiento], sino por la manera en que afectaron al cuerpo humano [es decir, según el orden de la imaginación]” (2020:171)

La mutación como inadecuación inaceptable

Tal como vimos, según Spinoza una imagen resulta inadecuada porque implica en ella las determinaciones del individuo que la genera, sin reflejar así a lo imaginado tal como es en su totalidad. Ateniéndonos a esta manera de ver las cosas, podríamos plantear la mutación berardiana como un tipo particular de inadecuación. Si consideramos que el intercambio por diferencias sintácticas responde a una sintaxis general *inserta* en la mente de los individuos, a la que estos hubieron de adaptarse para poder seguir intercambiando con el entorno digital, podríamos decir que *la inadecuación berardiana* constituye un segundo momento de *la inadecuación spinoziana*. La desconexión mente lógica/ cuerpo



sensible podría describirse en los términos de un *grado severo de inadecuación*; y a la inadecuación spinoziana, connatural a la manera en que percibimos, se le *añadiría* la inadecuación berardiana, configurada a partir de la emergencia masiva de lo digital.

La automatización en la respuesta, planteada por Berardi, producto de la aceleración en la infoesfera, recuerda bastante al proceso de generación de términos abstractos planteado por Spinoza. Solo que, en este caso y para Berardi, lo grave es la anulación total del componente individual, de la historia particular de vestigios en la piel del individuo. En el trance de la aceleración y la dolorosa mutación, el individuo ignora sus propios vestigios, desoye su piel sensible para elaborar rápidamente la respuesta. No necesita su historia de vestigios porque la sintaxis ya *le es dada*, y su mente y su respuesta se organiza en función de ella. Pienso que se podría plantear esto como *un grado de inadecuación inaceptable*: aquel en que los cursos de pensamiento están tan automatizados que la interfaz piel recibe vestigios, pero estos son ignorados por la mente decodificadora, cuyo funcionamiento automatizado caló a nivel neurológico; razón por la cual resulta imposible *torcer* los recorridos, el tren de vestigios ya trazados en el cerebro, porque los primeros vestigios, trazados en los órganos exteriores, son paulatinamente ignorados. Resulta imposible así dar lugar a una concatenación conjuntiva, libre, en sentido de no determinada. La automatización general impide la libre concatenación individual. Podríamos decir entonces que una tecnología global de estas características y magnitud impide la libertad (individual).

Por otro lado, a largo plazo todos los *automatizados* piensan con la *misma automatización*. Soldado y campesino (ver más arriba, p.6) poseerían exactamente el mismo tren de vestigios cerebrales, *connotarían* exactamente lo mismo, produciéndose así lo que Berardi caracterizará como *efecto enjambre*: la pérdida de libertad colectiva (2017:226-249).

Conclusión: en *pos* de una adecuación aceptable.

Sentada esta analogía, no se abren más que interrogantes. Cabe preguntarse, por ejemplo, ¿en qué grado otros dispositivos de la cultura no impiden la libre concatenación? ¿Qué sería, en rigor, una concatenación absolutamente libre? ¿Cómo se obtura la concatenación, y cuál fue la primera obturación? ¿Fue el desarrollo del lenguaje, como parece plantear por momentos Berardi? Este proceso de aumento en la *sintactización*, ¿era de por sí irreversible o la tecnología digital introdujo un diferencial, activó una



posibilidad inmanente que era inherente a ella, pero no a otro tipo de desarrollos tecnológicos?

Llama la atención la divergencia entre los proyectos de nuestros dos autores: Spinoza buscó el conocimiento total; Berardi, el *des*-conocimiento total, el retorno a “un estado no-específico y no-codificado en el que los cuerpos sin órganos vibran al unísono” (2017:41). ¿Erró Spinoza? ¿O hubo un cambio en el mundo que hace imposible su proyecto? ¿Cabe la posibilidad de que siga funcionando la idea de que el pensamiento y el total conocimiento de las cosas puede llevarnos a la felicidad absoluta? El *conocimiento* siguió aumentando, pero la felicidad absoluta nunca llegó. Tal vez por eso Berardi, nuestro nuevo Spinoza, va a pedir algo radicalmente diferente de lo que pedía Spinoza en su tiempo: ya no la búsqueda del conocimiento total, sino la irrupción de lo aleatorio (2017:335-342). Pero ¿es para contrarrestar al proyecto racionalista o es solo porque nuevos tiempos demandan nuevas soluciones? ¿Del *proyecto racionalista* (si es que existe tal cosa) se derivaba con necesidad la actual configuración del mundo o es una posibilidad que se actualizó en detrimento de otras, por factores externos?



Bibliografía

- Berardi, F. (2017). *Fenomenología del fin*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Ramos-Alarcón, L. (2020). *La teoría del conocimiento de Spinoza*. México: UNAM.
- Spinoza, B (2000) *Ética*. Madrid: Trotta.